

Selecciones

El Camino del Campo

Martín Heidegger

Introducción de Florentino Pino

Prologar un texto poético es inútil porque lo poético no admite prólogos: dice lo que tiene que decir en y por sí mismo, esa es su fuerza. Pero si además ese texto pertenece a un autor clásico, entonces la inutilidad se duplica porque lo clásico tampoco admite preludios: él es ya norma, medida y canon, ¿cómo se le ha de medir?

El Camino del Campo es un texto poético escrito por un filósofo clásico: Martin Heidegger. El autor de estas líneas sabe perfectamente la inutilidad de su esfuerzo y quiere dejar constancia de ella, por eso concibe esta breve reflexión no como un prólogo. Prescindiendo del «pro» quiere quedarse con el puro «logos», un logos que no pretende preparar a la lectura del texto, sino que más bien ha sido sugerido por él, y así, como sugerencia lo comparte. Por eso, en primer lugar, recomienda al lector el hacer directa e inmediatamente la experiencia de la lectura de *El Camino del Campo*. Si ulteriormente a ello estas líneas ayudan en algo, habrán cumplido con su cometido. Si ulteriormente a la lectura, el lector no las necesita, mejor que mejor.

El Camino del Campo apareció por primera vez el año de 1949 publicado en Hamburgo¹. No hacía mucho había terminado la segunda guerra mundial. El fracaso colectivo que supuso la sola existencia de la contienda y la decepción ante el hundimiento de una ideología que había logrado, en sus comienzos, entusiasmar a todo un pueblo para enseñar inmediatamente después la ferocidad de su rostro, planeaba no solamente sobre el ánimo de Heidegger, sino sobre Alemania entera.

¹ Escrito bajo el título *Der Zuspruch des Feldweges*, en *Sonntagsblatt*, el 23 de octubre de 1948. Se publica como fascículo en Frankfurt en 1953 con el título más simple de *Der Feldweg*.

Heidegger, desde 1944, no enseña más en la Universidad de Freiburg, y se retira a vivir a su Messkirch natal. Tras la guerra, el trabajo filosófico, esto es, el esfuerzo supremo de comprensión última y del preguntar radical y originario se hace, si cabe, más necesario y urgente. Desde su retiro Heidegger trabaja duramente, recuerda, piensa, proyecta.

Por desgracia no podemos fiarnos, y más en un autor como el que nos ocupa, de que las fechas de publicación de sus escritos coincidan con las fechas de su elaboración, pues casi siempre lo publicado se ha venido gestando desde años atrás. *El Camino del Campo* se sitúa entre el final de la guerra y el año de 1949. Durante ese lapso encontramos escritos fundamentales en la bibliografía heideggeriana que enmarcan, en sus temáticas diversas, las preocupaciones expresadas en nuestro texto. Pongamos como ejemplos, en primer lugar, la famosa *Carta sobre el Humanismo* (*Brief über den Humanismus*) aparecida en 1949 como respuesta a una carta de Jean Beaufret. Los *Caminos del Bosque* (*Holzwege*), de título tan coincidente con el de nuestro texto, aparece en 1950, pero con ensayos trabajados desde 1935 hasta 1945. *Las Interpretaciones sobre la poesía de Hölderlin* (*Erläuterungen zu Hölderlins Dichtung*) aparecen ya en 1944, pero vuelven a editarse ampliadas en 1951. La figura de Hölderlin preside de forma inequívoca el tono, el fondo y la forma de *El Camino del Campo*, pero no podemos afirmar que sea el único inspirador. Si hojeamos los *Caminos del Bosque* nos encontraremos con meditaciones sobre Hegel, Nietzsche o Anaximandro cuyo rastro podemos adivinar en *El Camino del Campo*.

Pero en ese tiempo Heidegger no solamente escribe, también pasea. Recorre pausadamente los senderos y los caminos que rodean al pueblecito de Messkirch y que se pierden entre sus campos y sus bosques. Como fruto de la conjunción de uno de esos paseos y de un trabajo filosófico largamente elaborado y acumulado, surge *El Camino del Campo*. Esto hace que el texto lleve en sí la paradoja de ser uno de los escritos más breves de su autor, y simultáneamente, de contener una enorme densidad filosófica. Y esto de tal forma que nos atrevemos a decir que en él convergen las líneas fundamentales de todo su pensamiento. Surge en el momento en el que Heidegger cambia el tono de su filosofía (la discutida Kehre), en el que, sin abandonar su pasado filosófico representado por *Ser y Tiempo*, quiere llevarla a una expresión más clara y hondamente ontológica, esto es, a una maduración que, sin el poeta, hubiese sido imposible. El poeta le da una libertad que el académico ya no puede ofrecerle. En este tono poético, Heidegger, más que definir, señala; más que decir, sugiere; más que convencer, invita. Concibe nuestro autor que un momento esencial a la filosofía es su proximidad a la poesía. *El Camino del Campo* es ejemplo de algo más que mera proximidad.

No es éste el lugar para hacer una exégesis del texto de Heidegger, ni siquiera intentaremos hacer un elenco completo de los puntos de posible reflexión que *El Camino del Campo* puede suscitar. Basten tan solo unos cuantos

ejemplos, sueltos y puramente esbozados, que permitan entrever la riqueza que el texto encierra.

I. La estructura

El camino «va desde el portal del patio hasta Ehnried» y «de Ehnried vuelve el camino hasta el portal del patio». Se trata del paseo de un día. Simplemente la ida y el retorno evoca ya en cualquier aprendiz de filósofo aquella estructura de la andadura humana que asoma en el alba del poetizar griego: la *Ilíada* y la *Odisea*; «... de donde las cosas tienen su origen... han de volver...» dirá el viejo Anaximandro; *exitus et reditus*, ir volviendo y volver yendo, creación y atracción del Dios de Tomás de Aquino; el espíritu que va volviendo hacia sí... en Hegel; el ir como un retorno eterno del más cercano Nietzsche...; el camino va desde el portal del patio y vuelve hasta el portal del patio, desde la humildad de su curso no hace más que evocar.

II. La Naturaleza

«Sobre su curso se juntan la tormenta invernal y el día de la cosecha, se encuentran la exaltación creadora de la primavera y el morir indolente del otoño...» En definitiva, todo aquello que llamamos naturaleza y que en su eterno surgir y morir ha sido vivida por la humanidad, a veces como puro escenario para sus correrías, a veces como madre sabia y nutriente, o como madrastra implacablemente cruel, pero de la que en ningún caso podemos prescindir. La naturaleza, la que tenemos enfrente y la nuestra propia, tan patente entre los juegos de la infancia y la sabiduría de la vejez, encuentra en el pequeño camino aquel acorde silencioso que armoniza sus contrarios y cuyo eco difunde el mismo camino. Expresado en Hölderlin como en nadie, es un acorde ya escuchado hace siglos por Leibniz, y más atrás por Nicolás de Cusa, y se percibe aquí el misterioso vibrar de la música de los griegos...

III. Historia y biografía

En el paseo por el camino del campo no solamente surgen los recuerdos biográficos de la infancia perdida, de sus juegos y de sus sueños. O los que apuntan al padre, barrilero y sacristán de la Iglesia de San Martín, o los que añoran la protectora mirada de la madre. El camino lleva hasta el recuerdo de la historia misma al traer, con el tañido de las campanas, el terrible silencio de los que fueron sacrificados en las guerras mundiales. El silencio de los muertos que

El Camino del Campo

da que pensar, que obliga a preguntar, que pesa. Recordemos la fecha de composición de nuestro escrito.

IV. Dios

Pero el camino no se detiene en el silencio que viene de los muertos, invita a un silencio más hondo, a una claridad más difícil, a una pregunta más grande como aquella que experimentó el Maestro Eckehardt allá por el siglo XIV —sorprendentemente es el único autor citado por Heidegger en su escrito— y que no se satisfizo con apresuradas respuestas de aparente brillantez. Se trata de un silencio en el que, sin mediaciones, Dios pueda ser auténtica y efectivamente Dios.

V. La técnica

Entre otras cosas impide ese silencio la técnica, artefacto muy nuestro que parece mantener cautiva la capacidad de admiración. Técnica que no se reduce a la múltiple maquinaria externa entre la que parecemos movernos sin mucha dificultad. Técnica es también artefacto interior, modo de pensar cuya sofisticación nos ha hecho ciegos para lo que es sencillo. La técnica confunde lo sencillo con lo simple, y entonces, claro está, se aburre. Si muchas veces no entendemos a los grandes hombres no es porque digan cosas muy difíciles o por la complejidad de su lenguaje. Lo que ellos dicen es extraordinariamente sencillo, la dificultad está en llegar a la sencillez de su intuición primigenia. Para llegar a ella ayudará un paseo por el camino del campo.

VI. El Ser y el Tiempo

Tal vez el camino del campo no sea sino una metáfora del Ser mismo sobre el que gravitó todo el pensamiento de Heidegger. Un Ser que por sí mismo es Nada, finitud que se traduce en Tiempo: puro y simple camino que lleva a lo abierto del silencio, a la alegría de la sabia claridad, donde liberados por la misma apertura podremos disponernos a escuchar ¿al mundo? ¿al alma? ¿a Dios?

Heidegger no da una respuesta, nos mantiene tensos en el silencio y reacios a las respuestas fáciles. Cada uno habrá de soportar la renuncia que el silencio le impone, sabiendo que es fértil para, en última instancia, responder, pero sólo en *última* instancia.

El Camino del Campo

Va desde el portal del patio hasta Ehnried. Los antiguos tilos del jardín del castillo lo contemplan tras las murallas, durante el tiempo de Pascua, cuando brilla claramente entre las mieses que crecen y los prados que despiertan; y por la Navidad, cuando desaparece entre remolinos de nieve tras la colina. Al llegar a la cruz, gira hacia el bosque, y a su lado saluda a una gran encina, bajo la cual hay un banco toscamente trabajado. Sobre él se encontraba, con frecuencia, algún escrito de los grandes pensadores que una joven ineptitud intentaba descifrar. Cuando las preguntas se acumulaban y no se vislumbraba salida alguna, el camino del campo ayudaba: dirigía los pasos en silencio, por los giros del camino, a través de la anchura de la tierra árida.

El pensar retorna siempre a los mismos escritos o a las propias tentativas por la vía que el camino extiende entre las parcelas y que permanece tan cerca del paso del pensador como del paso del labrador que sale a segar al alba.

A veces, con los años, la encina invita al recuerdo de los primeros juegos y de las primeras decisiones. Como cuando alguna vez una encina caía en medio del bosque bajo el golpe del hacha, y el padre buscaba con presteza entre la leña, por los claros soleados, el fragmento útil para su taller. Ahí se entretenía, cavilante, durante el descanso de su servicio a la torre del reloj y a las campanas, que mantienen su particular relación con el tiempo y la temporalidad.

De la corteza de la encina los pequeños tallaban sus barcos, que dotados de un banco de remeros y un timón, surcaban el arroyo de Metten o la fuente de la escuela. Los viajes por el mundo de aquellos juegos podían llegar fácilmente a su destino, y encontraban al volver la ribera. La fantasía de aquellos viajes permanecía escondida en una claridad entonces apenas visible y que reposaba encima de todas las cosas. Su reino estaba demarcado por los ojos y las manos de la madre. Era como si la callada solicitud materna protegiera toda la realidad. Aquellos viajes de juego nada sabían todavía de aquellos otros viajes en los que toda ribera queda atrás. Mientras tanto, la consistencia y el olor de la madera de la encina empezaban a decir, de distinta forma, la lentitud y la constancia con la que crece el árbol. La encina misma decía que sólo en este crecer se fundamenta todo lo que permanece y fructifica: que crecer quiere decir abrirse a la inmensidad del cielo y, al mismo tiempo, echar raíz en la oscuridad de la tierra; que todo lo pleno únicamente madura cuando el hombre es simultáneamente las dos cosas: abierto a la llamada del cielo altísimo, y escondido en la protección de la tierra que lo sostiene.

Todavía lo dice hoy la encina al camino del campo, que seguro en su cauce pasa ante ella. Todo lo que tiene su esencia cerca del camino, éste la recoge y entrega a todo el que pasa su propio ser. Los mismos sembrados y la falda de los prados, con una proximidad siempre diferente, acompañan al camino por cada estación del año. Tanto si los bordes de los Alpes se hunden a lo lejos, por encima del bosque en el crepúsculo, o si la alondra se dirige, las mañanas de

verano, hasta donde el camino se tuerce en la falda de una colina, o si el viento de levante sopla tempestad desde donde está el pueblo de la madre, o si un leñador al atardecer arrastra su fardo de leña hacia el hogar, o si el carro de hierba se cimbra entre las rodadas del camino, o si los niños recogen las primeras primaveras a orilla de los prados, o si la niebla arrastra durante todo el día su opacidad y gravidez sobre las parcelas, siempre y por todas partes la palabra de lo idéntico envuelve el camino.

Lo sencillo contiene el secreto de lo que es permanente y grande. Entra en el hombre sin mediaciones, pero necesita una larga maduración. En la invisibilidad de lo siempre idéntico se esconde su bendición. La grandeza de todas las cosas que han crecido y habitan al lado del camino, desprende mucho. En el silencio de su decir, como dice el antiguo maestro de letras y de vida, Eckehardt, Dios es auténticamente Dios.

Pero la palabra del camino únicamente invita en tanto haya hombres que, nacidos en su atmósfera, le puedan escuchar. Estos dependerán de su tradición, pero no serán servidores de intrigas. El hombre, con sus planes, intentará inútilmente conducir a un orden la esfera de la tierra, si no atiende a la invitación del camino del campo. Amenaza el peligro de que los hombres de hoy tengan el oído duro para oír su voz. Solamente les llega el ruido de sus máquinas al que tienen como la voz de Dios. Así pues, el hombre se confunde y se desvía. A los confusos la sencillez les parece monotonía, y la monotonía aburre. Los amargados encuentran tan sólo uniformidad. Lo sencillo ha huído. Su silenciosa fuerza se ha roto.

Es verdad que disminuye el número de aquellos que aún reconocen la sencillez como un bien propio y conquistado. Esos pocos permanecerán. Algún día podrán, con la suave violencia del camino del campo, resistir a la gigantesca fuerza de la energía atómica que el cálculo humano ha proyectado y construido como una cadena para sus propios actos.

La invitación del camino del campo despierta un sentido que ama lo que es libre, y que sabe superar la tristeza por el buen rumbo que lleva hasta la última claridad. Ella le protege del encerrarse en el puro trabajar, que hecho por sí mismo, se afana por nada.

Al aire del camino del campo, cambiante en cada estación, madura esa sabia claridad, cuyo rostro se muestra con frecuencia taciturno. Esta sabia claridad es la piedra angular*. Nadie la adquiere si previamente no la posee, y los que la tienen, la tienen por el camino del campo. Sobre su curso se juntan la tormenta invernal y el día de la cosecha, se encuentran la exaltación creadora de la primavera y el morir indolente del otoño, se contemplan uno a otro los juegos de la juventud y la sabiduría de la vejez. Pero todo se aclara en un solo acorde, cuyo eco, en silencio, difunde el camino del campo.

* Heidegger utiliza el sustantivo «Kuinzige», vocablo que parece es solamente utilizado en el área de Messkirch y que significa el ir al núcleo de una cosa, a su estricta esencia.

Martin Heidegger

La sabia claridad es un portal hacia la eternidad. Sus hojas giran en las bisagras que un día fueron forjadas por un hábil herrero desde los secretos de la existencia.

De Ehnried vuelve el camino hasta el portal del patio. Allá, por encima de la última colina, su estrecho curso conduce, a través del valle, hasta la muralla de la ciudad. Brilla opaco a la luz de las estrellas. Tras el castillo se levanta la torre de la iglesia de San Martín. Lentamente, casi vacilantes, resuenan once campanadas en la noche. La antigua campana, en cuya cuerda con frecuencia las criaturas se han despellejado las manos, tiembla bajo los golpes del martillo de las horas, cuyo rostro, entre serio y grotesco, nadie olvida.

Tras la última campanada el silencio se hace todavía más silencio. Llegan hasta aquellos que fueron sacrificados en las dos guerras mundiales. Lo sencillo se ha hecho aún más sencillo. Lo siempre idéntico desliga y libera. La voz del camino del campo es ahora completamente clara: ¿habla el alma? ¿habla el mundo? ¿habla Dios?

Todo dice la renuncia en lo idéntico. La renuncia no quita. La renuncia da. Da la fuerza inagotable de lo sencillo. Su voz crea hogar en una antigua procedencia.

Título original: *Der Feldweg* Vittorio Klostermann. Francfort, 6ª ed., 1978.
Tradujo: FLORENTINO PINO CANALES.